

Mi Rafael Pombo

Hilda Mar Rodríguez Gómez



Empezar diciendo que Rafael Pombo estuvo presente en mi infancia, no es algo extraordinario. Por el contrario, se trata de algo evidente: por ser el poeta nacional (proclamado en 1905); por su permanente presencia en muchos rituales escolares (actos cívicos, exámenes orales y alguna que otra celebración escolar); por la sonoridad de sus rimas, o por las lecciones sutiles que se derivan de esos personajes vigentes, actuales, como Simón, Pastorcita o la Pobre viejecita. Recuerdo “aun”, si se trata del pretérito imperfecto, o recuerdo “todavía”, en un futuro imperfecto, el paso de Rin Rin renacuajo por las páginas relucientes de una cartilla nueva; se paseaba “muy tieso y muy majo” por las páginas finales para hacernos caer en la cuenta de que ya leíamos de corrido; esto es, no sílaba por sílaba, sino palabras completas. La prueba máxima de acceso a la cultura escrita.

Decir, a continuación, que sigo fascinada con este personaje, tampoco es especial, pues son muchas personas quienes han manifestado su pasión por esas rimas sutiles, esa capacidad de versificar o su propensión a dudar de su capacidad estilística. También están quienes reconocen las filiaciones periodísticas de las contribuciones de Pombo o su interés por las artes y el papel decisivo que jugó en la música, la literatura o la pintura. Para mí, la continuidad del encanto está dada por su enigmático espíritu: soledad acompañada de escritura, vocación para las letras y disposición al arte en todas sus formas, quizás expresión de un espíritu sensible.

Sostener que los intentos autobiográficos que se leen en sus diarios son otro puntal de relación con este autor, tampoco resulta suficiente para dar cuenta de mi construcción del poeta. A través de distintos diarios, desde la infancia (el primero, según cuenta Beatriz Robledo en su biografía de Pombo, 2005, se llamó: *diario de mil curiosidades para su propio dueño que lo*

es verdaderamente el señor Licenciado en Bellas Letras J. Rafael de Pombo, seminarista que fue en la ciudad de Bogotá a 1845), hasta la edad adulta, sus letras íntimas reflejan sus deseos, su voluntad y, sobre todo, su disposición a vivirse en la escritura, a pensar a través de la pluma, a encontrarse en medio de la tinta.

Por ello, me resulta un poco extraño hablarles de mi Pombo, el que fui descubriendo a partir de la escuela, en los enamoramientos, en mi formación de maestra, de mis devaneos con las letras, de la recuperación de sus poemas rimados en la voz de Carlos Vives, con las ilustraciones de Caballero, Ivar Da Coll u otros dibujantes menos conocidos que prestan sus colores y sus formas a los personajes de nuestro poeta. Del Pombo político y visionario que propone instituciones, que crea espacios, abre puertas para las artes y el saber, se regodea con la cultura y expande sus comentarios para enseñar pintura, música o literatura; que cumple misiones diplomáticas. Del Pombo ciudadano, comprometido con su patria, capaz de entonar odas a la Nación, dispuesto a prestar sus manos para defender la identidad y la soberanía. O del Pombo recortado, circunscrito a los (maravillosos) poemas infantiles, en detrimento del conocimiento de su vasta obra: más de 1400 poemas (con temas que pasan del amor y la mujer, la religión y la filosofía, a la naturaleza,

la patria, el pueblo y sus manifestaciones folclóricas), cerca de cien traducciones¹ (inglés portugués, italiano, alemán), numerosos artículos periodísticos, diarios, cartas y acrósticos para sus amigos. También del Pombo recuperado por diversos medios, incluido el decreto 0173 del 26 de enero de 2012, “por el cual se rinde honores a la memoria del escritor Rafael Pombo al cumplirse 100 años de su muerte”.

Sean estos retazos de Pombo una invitación a conocer su obra, a reconocer el sentido del título otorgado en 1905, una oportunidad de encontrarnos con sus posturas políticas y, sobre todo, una vía para recuperar facetas de su vida que han estado ocultas. Gracias al Ministerio de Cultura tenemos un año para develar las naturalezas del poeta, sus formas, sus palabras, recuperar su legado y conocer al hombre que recoge inteligencia, sensibilidad e imaginación en sus producciones.

Referencia

- ¹ “Traduciéndolos conoció a Byron, Hugo, Lamartine, Bryant, Musset, Longfellow, Shakespeare, Goethe... Traduciendo conoció todos los giros de las lenguas, sus metáforas, símiles, hipérbatos, hipérboles, transposiciones sintácticas, encabalgamientos, enumeraciones de sustantivos y adjetivos, paralelismos, aliteraciones, recursos fónicos,

antítesis, imágenes de cada cultura, sensaciones, sentimientos. El poeta se sintió habitante del lenguaje. Habitante vivo de las lenguas del hombre”, Robledo, Beatriz Helena, *Rafael Pombo. La vida de un poeta*, Bogotá, Ediciones B, 2005, p. 269.

Hilda Mar Rodríguez Gómez es profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para *Agenda Cultural Alma Mater*.